

Sueño y Sincronía para Meier

Por Luis Saavedra

1. Mi mala memoria

¿Qué puedo decir de Sergio Meier que no sea redundante, incluida esta frase? ¿Puedo volver a hablar de su generosidad como hombre y escritor, o de lo mucho que uno se ríe de sus ocurrencias? Se me imagina que sí puedo y si todos los que lo conocimos lo hacemos será un testimonio del mucho cariño que le teníamos. Porque se le describía básicamente como un solitario, un ser incomprendido e inaccesible, cuando al fin y al cabo todos lo somos en algún momento de nuestra vida. Sí lo fue, pero no en los últimos años.

En 1988, el mundo me parecía nuevo. Era un pendejo que ya usaba lentes y flaco con miembros de araña. Recién me había enterado que existía otra gente que le gustaba la ciencia ficción y se reunían en una sala del Liceo Experimental Artístico, en Almirante Barroso 23, en Santiago. Llegué tarde y medio tímido, era un ambiente pequeño y efervescente, así que me senté muy cercano a la puerta. Había un hombre joven hablando al frente, pero no entendía muy bien de qué iba todo. Sergio Meier Frei, en ese entonces miembro del Grupo Freaks y tan desgarbado como yo, disertaba con una fuerza que lo mantenía correteando de un lado a otro, mientras la gente hipnotizada y horrorizada no podía creer el despliegue de tanta energía, de tal convencimiento. El hombre creía, sabía, vivía lo que decía y era contagioso escucharlo y creer que Lovecraft iba a entrar por la ventana saludando. Fue una arenga perfecta sobre el género, y cuando terminó, la gente estaba entusiasmada y feliz. Me acerqué, pero ya había demasiada gente a su alrededor y seguía hablando a nadie en particular y agitando los brazos como si se ahogara, con un mechón de pelo cayéndole en la frente, en esa cara de adolescente eterno enmarcada por unos gruesos anteojos.

Era imposible no enamorarse de Sergio Meier. Quiero decir, tratabas con él unas pocas veces y ya sentías que le querías. Había demasiado candor y humor en tal envoltorio humano. Tantos otros valores que corrían muy por debajo, muy enraizados, en su alma singular que los intuías como uno se expone a un aura solar.

Lo volví a ver en 1996, creo. Había escuchado que no estaba bien de salud y vivía recluido desde hace años. Toda una narración fragmentaria sobre un hombre atormentado, mitológico, lunático, excéntrico. Le escribí para invitarlo a dar una charla sobre Lovecraft en el Centro Cultural de España y me respondió que encantado aceptaba. La charla fue un exitazo problemático porque de nuevo su presencia hizo llenar la sala y se extendió una hora más de la cuenta, haciéndome sudar cuando venían los encargados para presionarme que lo cortara. No había cambiado nada, era el mismo tipo jovial, enciclopédico, talentoso. Le pregunté por su novela "*El Color de la Amatista*" y me dijo que ya no tenía más ejemplares, pero prometió buscar alguno en su casa ante mi insistencia. Me lo trajo y parecía que había cavado en el patio para encontrarlo. Todavía tengo el volumen, cavé un nuevo hoyo en el patio de la casa de mi madre y lo dejé junto con todos los libros que aprecio más.

En el verano de este año, llegamos con Kathy hasta su casa en Quillota, de paso para una presentación del libro *Poliedro 3*, en la Feria del Libro de Viña del Mar. Nos salieron a recibir con Isabel para ir a comprar helado al supermercado. No sé por qué lo recuerdo correteando por los pasillos buscando algún producto y me pareció una postal tan única. Él que escribía sobre el paradigma holográfico no podía encontrar el pasillo correcto. Almorzamos empanadas

y contamos anécdotas que iban desde Yingo hasta el 2012 en un parloteo feliz que a veces se superponía. Nos reímos tanto en ese día caluroso y descerebrado, en esa casa tan bonita y fresca. Cuando íbamos en el bus hacia Viña del Mar, Isabel y Sergio se sentaron delante de nosotros. Sergio no calló en todo el viaje y su conversación deshilachada me llegaba y pensaba qué sangre tan vital moraba esta tierra.

2. Sincronismo

Hoy día miércoles tuve un sueño justo antes de despertar. El cordón de plata me dejó ir de nuevo hasta la casa de Sergio y era un pleno día de verano. El aire quieto pero no asfixiante, con la luz diáfana pero no cegadora, con la sombra fresca pero no húmeda. En la casa de Quillota siempre ronda un vaho de tranquilidad y crecimiento vegetal. Estamos conversando en el living, no recuerdo sobre qué, y Sergio parece tan animado con sus manos, que nunca se quedaban quietas, dibujando matemática en el espacio. Me parece muy probable que revisitamos una antigua historia porque nos reímos, porque no hay nadie como él para los contrapuntos de lo absurdo de las situaciones. Ahora caminamos por unas calles muy tranquilas, interiores, de pueblo que duerme desde la una hasta las tres de la tarde, flanqueadas de casas con jardines y rejas verdes con gatos negros de intensos ojos amarillos y expectantes. Vamos a paso lento y relajado y en una de las esquinas creo ver la tiendita de helados artesanales que estaba en la Plaza de Armas, que tenía una maqueta de un cono gigante de frambuesa y vainilla, y que no debería estar ahí. No me doy cuenta, no se supone que uno se haga cargo de eso en los sueños, pero sí sé que Sergio, que camina a mi lado, ya no es más Sergio, que no está más en esta Esfera. Es un conocimiento que me embarga y me cierra levemente la garganta. Entonces me vuelvo y le digo “Gracias” y luego otra vez, y las palabras suenan temblorosas. Meier me mira divertido y no puedo recordar la respuesta, pero parece decir que lo que verdaderamente hay que agradecer es el tiempo de la tierra y el sol y la luna, el tiempo en el que fuimos animales incompletos que buscamos febrilmente a la Reina de Saba o al Rey Salomón, en el que fuimos libres para jugar y tener la madurez para seguir jugando hasta el final, en el que fuimos sedientos de conocimiento, en el que mistificamos la vida para seguir sorprendiéndonos de lo compleja que es, en el que dimos la maña de intuir la presencia de Dios. Pero estoy consciente que todo lo anterior es sólo interpretación y es posible que él solamente haya respondido “*Fue un placer*”. Me despierto con la incertidumbre de no saber quién soy en el primer segundo, pero reteniendo nítidamente su figura. Como los niños, que reconocen cuando un simple sueño no lo es, me quedo con una cierta inquietud y melancolía. No lo voy a averiguar nunca, pero intuyo que ambas respuestas de Sergio son idénticas.